

Paranoia

Alberto Vanasco

Mendizábal había leído la noticia la noche anterior, antes de acostarse, pero no le había prestado una especial atención. La había leído, simplemente, entre otras informaciones y después había doblado el periódico con sumo cuidado como era su costumbre, y se había ido a la cama.

Ahora lo había recordado y de un salto fue hasta el comedor y volvió con el diario.

Buscó la información y volvió a leerla. El cable decía así: “Málaga, 19 (U.P.) El sábado por la noche numerosas personas afirmaron haber visto maniobrar sobre el mar una flotilla de objetos voladores que luego se perdieron en lo alto. Al parecer se han observado fenómenos similares en diferentes ciudades de Europa y América”.

Pequeñas anomalías ocurridas esa mañana habían hecho que se acordara: primero fue cuando Delia le trajo el desayuno y comprobó que ya eran las siete y media de la mañana.

—Son las siete y media —había dicho él, mientras se incorporaba sobre un codo para poner la bandeja en el costado.

—Se me hizo tarde —aclaró ella— Tuve que usar el calentador a alcohol.

—¿Por qué?

—No hay gas.

—¿Lo cortaron?

—Supongo que sí. Ayer estaban arreglando las cañerías en la calle.

Pero después, cuando fue a afeitarse, comprobó que tampoco había agua en el baño.

—¡Tampoco hay agua! —le dijo a su mujer.

—No. Tampoco. Deben estar arreglando los caños de la calle. Tuve que hacer café con lo que había quedado en la pava.

—Es raro —se limitó a comentar él y trató de peinarse y de lavarse los dientes con el poco de agua que había sobrado. Y cuando por fin quiso prender la radio para escuchar el noticioso no tuvo más remedio que aceptar que tampoco había corriente.

—Es demasiado —dijo entonces, y en ese momento recordó la noticia: trajo el diario y se echó de nuevo en la cama.

—Aquí está la explicación —le dijo a Delia.

—¿La explicación de qué? —dijo ella.

—De todo. ¿Te parece normal que corten el gas, la luz y el agua, todo al mismo tiempo?

—Sí, creo que es normal —dijo ella—. Siempre están cortando algo. Algún día tenía que faltar todo a la vez.

Mendizábal le leyó entonces, en voz alta, la noticia que traía el diario. Recordó después que el día anterior había leído algo parecido. Buscó en la pila de periódicos que había debajo del televisor y no tardó en encontrar la página. También le leyó a Delia esta noticia: “Ayer han sido observados siete gigantescos OVNIS en siete ciudades distintas de América latina. Se trata, según las declaraciones de los testigos, de platos voladores madres pues han visto desprenderse de ellos otras naves más pequeñas que al cabo de realizar rápidos vuelos regresaron al aparato principal.”

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo ella.

—Son los marcianos. Al fin nos han invadido.

—Estás loco —dijo Delia—. Vestite de una vez y andá a trabajar. Ya van a ser las ocho.

—¿Dónde está la portátil? —preguntó él.

Buscó en el ropero y sacó la pequeña radio a transistores que en vano intentó hacer funcionar: ningún sonido partía del diminuto parlante.

—¿No te lo dije? —insistió con maligna satisfacción—. Las radios han dejado de transmitir. Toda la ciudad está en poder de los marcianos.

—Las pilas están gastadas, eso es lo que sucede. Desde el año pasado que no las cambiamos.

—Vos a todo querés encontrarle una justificación. Pero yo te lo puedo asegurar: han bajado a la Tierra y están ocupando todos los países.

Salieron al balcón y desde aquel tercer piso pudieron contemplar la calle desierta, los frentes de los negocios cerrados, los autos inmóviles, vacíos junto a las dos aceras.

En la esquina un policía cruzó la calzada y se detuvo un momento sobre el cordón, con una pierna en alto, y después desapareció detrás de la ochava. Pasó un ómnibus con tres pasajeros estáticos, absortos, que miraban con fijeza hacia adelante como tratando de reconstruir mentalmente y esforzadamente algo. Pasó también una camioneta conducida por una monja y donde viajaban cuatro monjas más.

—¿Viste? —dijo ella.

—Mirá —dijo Mendizábal—. Los negocios están cerrados.

—Siempre están cerrados a esta hora —dijo Delia—. Es mejor que te vayas enseguida.

Lo empujó hacia la puerta mientras le ayudaba a ponerse el saco, y después lo oyó bajar las escaleras porque el ascensor, por supuesto, no andaba.

Cuando se vio sola fue hasta el teléfono y levantó el auricular: en efecto, no había tono; discó dos o tres números y constató que habían cortado la línea. Se asomó nuevamente a la calle y pudo divisarlo a él cuando llegaba a la esquina y doblaba por la avenida para esperar el ómnibus. En ese preciso momento una señora gorda volvía del mercado con un bolso repleto y después de cruzar se fue acercando con toda parsimonia por la vereda de enfrente. Delia cerró las puertas del balcón y fue hasta la cocina de donde regresó con el escobillón y un trapo para la limpieza,

No había terminado de tender la cama cuando sintió el golpe de la puerta al cerrarse; y Mendizábal se precipitó en el dormitorio y se lanzó sobre el ropero de donde, después de subirse a una silla, empezó a sacar cosas atropelladamente. Tiraba mantas y valijas sobre la cama. Delia se había quedado allí tiesa, tensa, con una almohada en las manos y la boca entreabierta.

—Te lo dije, son ellos. Han ocupado la ciudad. Han tomado las casas. Y se han llevado a la gente.

Lo que Mendizábal estaba ahora sacando del estante superior del ropero eran armas de fuego: una carabina, dos pistolas y una ametralladora de mano.

Después empezó a buscar y a sacar las cajas de proyectiles.

—¿De dónde trajiste todo eso? —dijo Delia.

—Las fui comprando de a poco para un caso como éste. Estaba seguro de que pasaría.

Mendizábal arrastró el armamento hasta el balcón y sin esperar más comenzó a disparar ráfagas de ametralladora hacia la calle hasta terminar la carga y después tiró con la carabina y por último empuñó las pistolas. Disparaba hacia abajo, hacia la esquina, hacia las ventanas del edificio público que tenían enfrente. Delia se había quedado congelada, de pie en el centro del comedor con una mano tapándose la boca.

—No te quedés ahí como una estatua —le gritó él—. Cargame de nuevo las armas.

Ella se hincó junto a las cajas de proyectiles y repuso el cargador de la metralleta y después el de la carabina. Mendizábal hacía fuego ahora espaciadamente. A veces apuntaba con un gran cuidado y al rato, por fin, tiraba. Por lo visto, todos en la vecindad se hallaban ocultos. Se oyó llegar varios coches de la policía y sonar las sirenas agudas como un alarido y en una de las ventanas de enfrente resonaba la voz del megáfono:

—¿Hay alguien más ahí en esa casa? ¿No puede usted detener a ese loco?

Delia no respondió: se limitó a levantar un brazo haciendo un ademán que quería ser de impotencia. Después, desde el otro lado de la calle, también hacían fuego.

—Quienquiera sea usted —seguía el megáfono, arroje las armas a la calle. Dentro de unos segundos desalojaremos el edificio.

—¡Busquen un médico! —gritó Delia—. ¡No está bien de los nervios!

—¡Vamos a la azotea! —exclamó Mendizábal y tomándole una mano, la arrastró a ella escaleras arriba, con todos sus paquetes de municiones. Cuando llegó a la terraza cerró la puerta con llave y se asomó sobre el antepecho barriendo la calle con las descargas de su ametralladora.

Entonces, desde un piso más alto, volvióse a oír la voz del megáfono:

—Sixto Mendizábal, sabemos quién es usted. No tema. No le pasará nada. Arroje sus armas a la calle y levante los brazos.

La única respuesta de Sixto fue una rabiosa, furiosa, cerrada, interminable descarga contra los ventanales del edificio público. Se oyó luego un grito y casi en seguida las sirenas de otros autos que llegaban.

Delia se debatía mientras tanto llenando y volviendo a llenar compulsivamente el almacén de cada una de las armas, quemándose las manos con los caños humeantes.

—Le damos un minuto —dijo el megáfono—. Dentro de un minuto asaltaremos esa azotea.

Delia vio a varios uniformados que corrían a guarecerse tras las chimeneas cercanas. Contó cinco, diez. Estaban rodeados. Lo miró después a Sixto, enardecido, frenético, enajenado. En un arrebato de cordura levantó las cuatro armas y las arrojó a la calle. Mendizábal se volvió hacia ella:

—¿Por qué lo hiciste? —dijo. Pero fue lo último que dijo. Los hombres uniformados se aproximaron en círculo y con una descarga compacta acabaron con él. Cayó con los brazos abiertos sobre las baldosas, perforado como una bestia salvaje. Delia quedó de pie, inerte junto al cuerpo de Sixto, como cataléptica, y cuando ellos se acercaron no dirigieron ni una mirada al cadáver ni se ocuparon de él. La tomaron a ella y le ataron los brazos atrás. Después, la condujeron escaleras abajo.

Y mientras se la llevaban en uno de los coches, con una mordaza en la boca, ella pudo ver que cada uno de aquellos seres uniformados tenía una cresta coriácea, una horripilante y monstruosa excrescencia de escamas en la espalda, que les llegaba desde la cabeza hasta más abajo de la cintura.